

1.- Introducción

La Aljafería es una fortaleza que durante muchos siglos ha ido pasando por distintas culturas, razas y religiones: musulmanes, cristianos y judíos. Todos ellos han tenido allí su morada. Fue palacio islámico de Abu-Jafar, residencia de reyes católicos como Isabel y Fernando, prisión y sede de la Inquisición, cuartel militar y actualmente alberga Las Cortes de Aragón.

2.- Relato

Mi nombre es Abu-Jafar, "el poderoso gracias a Dios", vivo en el palacio de la Aljafería y tengo bajo mi autoridad a toda Medina Albaida Saraqusta, la Ciudad Blanca.

Mi palacio, uno de los más suntuosos de nuestro reino, está construido en una superficie llana, pero sus altas y sólidas murallas y sus doce torreones cilíndricos hacen de ella un bellísimo e inexpugnable castillo.

Nada más levantarme, me tomo el desayuno en la cama, me aseguro de que todos mis siervos cumplen mis órdenes y me voy al más grande de mis jardines privados. En éste me relajo y observo el paisaje. Me satisface oír el agua fluir por los canales, pero aun así mi preferido es uno más pequeño, en el que he mandado plantar multitud de naranjos. Ésta es mi planta favorita, ya que con sus frutos se obtiene un jugo exquisito.

Después de este paseo entro en mi alcoba y me preparo para rezar. Dentro del oratorio siempre me dirijo al Mihrab, que está orientado hacia La Meca, que es la Ciudad Santa de los musulmanes.

Es una pequeña estancia en la que sólo penetra una mínima cantidad de luz para aumentar la espiritualidad del ambiente.

Al acabar mis oraciones, mi siervo Adbaicid me avisa de que tanto la comida como mis numerosas mujeres me están esperando en el salón principal. Todas aguardan ansiosas mi llegada y deleitan mi almuerzo con sus risas y cantos.

Al caer la tarde subo a la Torre del Trovador y puedo recrear mi vista contemplando la solidez de las murallas que rodean la ciudad y los deliciosos huertos.

Me doy cuenta de que ya casi es la hora de que lleguen nuestros invitados y bajo decidido hasta mi alcoba. Una vez allí, llamo a algunas de mis siervas para que me vistan con mis mejores galas. Llevaré una túnica de lino con ricos bordados de seda, babuchas adornadas con hilo de oro y un llamativo turbante.

Al llegar a la sala del trono, los sultanes ya están dispuestos alrededor de la gran mesa. Los saludo educadamente y todos juntos nos divertimos, mientras las mujeres del harén se asoman tímidamente para observar desde arriba lo que hacemos.

Pero aun teniendo tanto, siento que en realidad poco poseo, pues todo esto es algo que se me arrebatará con el tiempo.

Ester Valdovinos – 6º C